

MIGUEL GIUSTI  
RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA  
(EDITORES)

# UNIVERSIDAD Y NACIÓN

## Capítulo 16



FONDO  
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

*Universidad y nación*

Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha (editores)

© Miguel Giusti y Rafael Sánchez-Concha, 2013

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Diseño, diagramación, corrección de estilo  
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: agosto de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-11642

ISBN: 978-612-4146-48-0

Registro del Proyecto Editorial: 31501361300637

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

## LA NACIÓN PERUANA Y LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ: UN TESTIMONIO PERSONAL

José Agustín de la Puente Candamo  
Pontificia Universidad Católica del Perú

Considero que, frente a la idea de nación, hay momentos que todos hemos vivido de un modo o de otro. Un primer momento es el de la intuición de la niñez y el de la vida familiar, cuando uno simplemente sabe que es peruano, sin mayores cuestionamientos. La etapa escolar ofrece una oportunidad más compleja y que encierra mayores posibilidades. Sin embargo, la mayor fuerza la tiene la vida cotidiana. En mi caso personal, cuando yo descubrí en mi casa los libros de Mendiburu y los de Paz Soldán, experimenté una suerte de apertura de horizontes; mi abuelo José Agustín de la Puente y Cortés fue historiador y conservaba esos libros.

Yo estudié en el colegio de la Recoleta, en el que teníamos cinco cursos de Historia del Perú: Perú Prehispánico el primer año; Conquista y Virreinato el segundo; Independencia el tercero; República el cuarto; e Historia de la Cultura Peruana el quinto. Este último curso era verdaderamente profundo e interesantísimo, porque uno veía al Perú como sujeto, uno no estudiaba los hechos políticos o militares, sino al Perú mismo y su proceso de formación.

Cuando ingresé a la Universidad Católica en 1939 ya tenía una idea intelectual, no solo afectiva o vivencial, del Perú, que en la Universidad

pude ampliar y comprender mejor. Tenía de la historia universal una visión afrancesada, por el espíritu del colegio. Teníamos un gran profesor de Historia Contemporánea que era admirador incondicional de Napoleón, y logró que todos sus discípulos también nos convirtiéramos en admiradores de este. Ya el cambio lo vivimos en la universidad con otras visiones de la historia.

¿Cómo encontré la enseñanza de la Historia del Perú o de la nación en la Universidad Católica? La universidad era muy pequeña en ese momento; los alumnos en primer ciclo no éramos más de 50 y esta casa de estudios tenía un local con dos pequeños patios. El hombre central para mí fue el padre Rubén Vargas Ugarte. Era profesor de Historia del Perú 2, como se decía en ese tiempo; curso referido a la Independencia y la República. Historia del Perú 1 era dictado por Guillermo Lohmann Villena, quien por entonces comenzaba sus trabajos intelectuales; todavía nadie imaginaba la fuerza que iba a ganar más tarde, como el gran investigador del Virreinato; era muy buen profesor, ordenado, concreto y alejado de las explicaciones retóricas. Sin embargo, gozaba más —y lo decía— en la investigación que en la docencia.

Pero reitero que la figura central para mí fue el padre Vargas. Sus clases sobre la Independencia eran realmente apasionantes. Recuerdo mucho un tema que resulta complejo de explicar y que es muy árido: el de las guerras del Alto Perú. Lo explicaba en varias clases con detalle y al mismo tiempo con gran agilidad. Y tuvo una virtud: él no fue solo profesor; fue realmente un maestro. Veía qué muchachos tenían interés por la Historia; nos llamaba y nos prestaba libros. Tenía una gran biblioteca en el Colegio de la Inmaculada, que había sido de su padre, Nemesio Vargas, también historiador. Heredó una gran colección de papeles varios, de las más importantes del Perú. En su biblioteca nos recibía y nos ayudaba a avanzar en el tema al que cada uno había decidido dedicarse. Era un erudito y decía que quien no lo fuera podría ser novelista, pero no historiador sólido y responsable. Era un hombre muy espontáneo, muy franco. Era la gran figura de la universidad en materias de Historia.

En el bachillerato de ese tiempo —lo que actualmente es Estudios Generales—, teníamos un equipo de profesores muy interesante; eran hombres jóvenes, cercanos a los alumnos, con una gran preparación. Guillermo Lohmann Villena y Jorge Zevallos Quiñones fueron los discípulos predilectos del padre Vargas, y quienes siguieron su orientación erudita; Zevallos fue también profesor nuestro.

Un hombre interesante en esa época en la universidad, y que nos abrió mucho la imagen del Perú, fue Javier Pulgar Vidal. Era geógrafo, pero vinculaba a la Historia sus clases de Geografía. Recuerdo mucho uno de los episodios más simpáticos en mi época de alumno: él organizó una expedición por la Cordillera de la Viuda para mostrar su teoría de las ocho regiones naturales y sobre todo para mostrar las distintas «formas» de la sierra peruana. Conocía no solo la historia de Huánuco, que era su tierra, sino la historia del Perú en su conjunto; excelente expositor, sus clases eran muy amenas, cargadas de ejemplos y anécdotas. Pulgar, como le decían algunas personas, fue, sin duda, el Raimondi del siglo XX. Nadie ha conocido en el Perú los recursos naturales como él y todo eso lo llevaba a clase, siempre relacionando geografía e historia.

Otro hombre muy interesante, el lingüista Pedro Benvenuto Murrieta, nos ayudó mucho a quienes estudiábamos Historia porque conocía profundamente la vida de Lima. Y a través de ella nos transmitía nociones de la historia del Perú, vinculadas al centro histórico de Lima, que él conocía al detalle, y sobre el cual había publicado un libro muy importante: *Quince plazuelas, una alameda y un callejón*. Apoyado en la tradición oral, ese libro es muy valioso para conocer la vida de Lima a fines del siglo XIX. Benvenuto nos introdujo en la historia de la ciudad y en sus detalles. Además, fue un excelente profesor de Lenguaje, y nos encomendaba diversas tareas para que nos acercáramos a la metodología del trabajo intelectual en sus diversas manifestaciones. Era profesor muy cercano a los estudiantes, temido y respetado; lo recuerdo con simpatía y con afecto.

Un hombre de otro oficio, pero muy importante en la vida nuestra, fue un sacerdote piurano, de Huancabamba, Luis Lituma Portocarrero. Era un profesor brillante en Teología, y sobre todo un profesor que buscaba en cada clase dejar lo que él llamaba una «semilla», una idea central como fruto. Todos los de mi época recuerdan sus clases sobre el tema del hombre y su libertad, que eran verdaderamente de antología por la profundidad teológica y la claridad en la exposición. Fue un hombre fundamental para mi generación. Murió joven.

No puedo omitir otros recuerdos muy expresivos de esos años iniciales en la vida universitaria. Tengo presente a Raúl Ferrero Rebagliati en sus clases brillantes de Historia Universal; a Carlos Pareja Paz Soldán, profesor muy querido, que murió en plena juventud y que nos dictó clases inolvidables sobre testimonios universales de la Literatura; a Jorge del Busto Vargas, recién incorporado como profesor de Sociología, y que era muy lógico en sus exposiciones; a Mario Alzamora Valdez, que se distinguía por el orden y la claridad de sus clases.

¿Qué imagen del Perú se nos mostraba en las clases? Yo diría que era la imagen del país como persona. En sus lecciones, Víctor Andrés Belaunde nos explicaba cómo el Perú era una persona, una persona moral, que había tenido su nacimiento, su proceso de formación y sus momentos difíciles; en definitiva, había tenido una biografía. ¿Cuál era la idea central de las clases? Belaunde parafraseaba una famosa afirmación de Bolívar: «No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles». Allí está todo el pensamiento: no somos europeos, no somos aborígenes.

La idea de la civilización andina como patria se nos transmitió en la universidad; en ese tiempo la arqueología no tenía el desarrollo que tiene hoy. Pero sí se nos explicaba muy bien en la clase —lo explicaban el padre Vargas y Pedro Benvenuto— cómo lo andino era nuestro, por la vía de la patria, y cómo la raíz de lo peruano estaba en lo andino, convicción que confirmamos con Riva-Agüero.

A Riva-Agüero no lo alcanzamos como profesor de aula, pero sí lo veíamos mucho en su casa y en el hotel Bolívar, donde vivía desde el terremoto de 1940, ya en los últimos años de su vida. El Perú es obra de los Incas tanto o más que de los españoles; esto lo afirma en *Paisajes peruanos*. Esa idea de exaltación de lo andino y de lo español la vivimos en la universidad y nos ha sido muy valiosa en la vida, porque hemos visto el Perú total. No el Perú de tal persona o de tal pensamiento o de tal interpretación, sino el país en su conjunto —como lo repetía mucho Riva-Agüero y lo dijo en su famoso texto de *Paisajes peruanos*—: «el Perú no se entiende sin el mundo andino; tampoco se entiende sin España; pero no somos Incas ni somos españoles».

No puedo omitir que había una visión extrema de los que defendían la leyenda dorada o la leyenda negra del tiempo del Virreinato. Riva-Agüero y Belaunde, contra lo que se ha dicho muchas veces, no defendían la leyenda dorada; reconocían que en el Virreinato hubo muchas deficiencias, injusticias y errores, pero que era parte de nosotros.

«El pasado vive en el presente, no solo como un recuerdo sino como parte de nuestra misma realidad», es una idea interesantísima y profunda del filósofo español Xavier Zubiri. El pasado ha perdido su presente, pero vive en las nuevas formas de existencia. Es la mejor afirmación de la continuidad histórica, de la tradición y es el fundamento del estudio de la historia: me interesa el pasado porque es parte de mi vida; ya no está en tu presente ni aparece en mi presente, pero está dentro de mí con otras formas.

Teníamos menos conocimiento que hoy del Perú total. ¿Por qué? Entre otras cosas, se viajaba menos. Es un tema doméstico pero muy importante; actualmente un muchacho que no conoce el Cusco se siente mal, siente que le falta algo. En el tiempo de mi vida universitaria, no; en ese tiempo vivíamos un Perú más intelectual que de contacto directo; teníamos una imagen muy intelectualizada; ahora la imagen es más vital y, en ese sentido, más interesante.

Y esto se ve en lo que es nuestra propia ciudad. Lima no es más la ciudad donde nació; no es la ciudad criolla de quinientos mil habitantes. Ahora tenemos en la capital ocho millones de peruanos de distintos rincones del país. Lima es una miniatura del Perú. Un domingo en la tarde, por ejemplo, el centro de Lima es interesantísimo. La Plaza de Armas está llena de gente, de personas recién llegadas que van a conocer la ciudad. Ese sentido de Lima como síntesis del Perú es interesantísimo y en medio de todos los problemas presentes es una imagen del país que, a la postre, es buena porque en la actualidad los peruanos viajamos más y nos conocemos mejor.

¿Cuál sería la imagen de la nación que mi generación recibió? La nación, como lo dice Belaunde en *Peruanidad* y en *La realidad nacional*, y lo dice Riva-Agüero en *Paisajes peruanos*, es el país mestizo en la realidad sanguínea y en la expresión cultural. La cultura no puede ser mestiza como lo es la sangre, pero, de algún modo, la obra cultural tiene el mismo sabor y la misma nota de lo mestizo.

En un artículo, que a mí me parece fundamental, «Notas sobre la experiencia histórica peruana», Basadre plantea este tema y afirma que hay dos historias: la historia de España en el Perú y la historia peruana del Perú. ¿Qué es la historia de España? Es la historia de los virreyes, es la historia de las autoridades y de las leyes españolas. ¿Cuál es la historia peruana del Perú? Es la historia de la transformación de la vida, que constituye el eje central para entender el Perú.

En el tiempo del Virreinato se transformó la vida cotidiana. Las autoridades españolas mandaban en los ámbitos de la economía, del derecho, de la milicia; en casi todos los campos. Pero en el de la vida cotidiana no mandaba nadie; se trataba de la convivencia entre el español, el andino y el africano; y en esa vida cotidiana nacimos. De este modo, poco a poco se fueron transformando la sangre, el paisaje, el arte, el lenguaje, el transporte, la economía, la expresión artística. Debe subrayarse algo importantísimo, y que a mí me parece apasionante: nadie dijo «vamos a crear el Perú» o «vamos a crear México»; fueron frutos

espontáneos de la vida y de la transformación en diversos ámbitos a través del encuentro de culturas. Consideremos que a mediados del siglo XVI nadie imaginaba eso; ya en el XVII algunos lo vislumbraron —es el gran mérito del Inca Garcilaso, al inicio de esa centuria—, y en el XVIII es un hecho que aparece en muchos testimonios.

Una gran cuestión actual en el Perú es la de reconocer que en el tiempo del Virreinato se transformó la vida cotidiana y que en ese proceso nació el país. Nació una sociedad nueva; tal vez el símbolo más simpático podría ser el del torito de Pucará en la artesanía nuestra. Los Incas no conocieron al toro; es este labrado por un hombre del altiplano; es muestra de un mundo distinto. Esa es la esencia del Perú que aprendimos en la universidad. Por eso es muy triste lo que Basadre define como la «guerra civil entre los peruanos», cuando se hace la apología de lo español y el anatema de lo andino o a la inversa. Ambos son fundamentales para el Perú. Si nosotros borramos del Perú la civilización andina, borramos gran parte de nuestra memoria y nos negamos a nosotros mismos. Siempre repito una anécdota: hace muchos años hice una visita al Museo de la Magdalena con los alumnos de un colegio y uno de ellos, frente a las cabezas clavadas de Chavín, me dijo: «profesor, esto es muy bonito, pero a mí qué me importa». No entendía el vínculo con lo andino, que nosotros aprendimos muy bien en la universidad, ni entendía la importancia del estudio y de la exaltación de la civilización andina como parte esencial del Perú.

La lección que aprendí en la universidad —que somos andinos, españoles y africanos al mismo tiempo— no se puede desconocer. Negar uno u otro de esos componentes constituye una especie de autodestrucción inconsciente. Uno puede tener el mayor afecto a la vertiente andina, a la española o a la africana, pero lo fundamental es entender que —con sus virtudes y con sus defectos— de todas ellas venimos.